

Autor: Darío Groel

Título: Des-encuentros y des-ventajas en el campo de la feminidad

Dispositivo: Mesas Simultáneas de Trabajos Libres

Seguramente sea el des-encuentro con el partenaire uno de los avatares que en el decir de muchas mujeres localiza la causa que propicia el tránsito por aquellas zonas, a veces oscuras, que son las pasiones y las locuras en el campo de la feminidad. Es la queja amarga por perder a aquel que fuera anhelado, queja sin lugar a dudas doliente, que angustiante expresa el sórdido espasmo producido frente a la caída in-decideda de algunos objetos. Sin embargo, y no sin distanciarse de la sensación a pérdida, una escena particularmente frecuente se repite en la vida cotidiana: me refiero a aquellas situaciones donde son precisamente algunas mujeres las que se apartan del encuentro con su amado sin que con ello se ahorren, claro está, el intenso sufrimiento psíquico que padecen como consecuencia de sus intempestivas decisiones. De arrebatos y de desplantes, de lo que se trataría en todo caso para ellas es de no poder dejar de habitar el des-encuentro como una de las formas enigmáticamente fundantes del campo de la feminidad.

De entre las muy diversas maneras por las cuales se buscó decir acerca de lo problemático de la relación entre Uno y Otro, quizá haya una que por su aguda simpleza conmovió al devenir histórico en su despliegue. Me refiero a la paradoja de “*Aquiles y la tortuga*” planteada por Zenón de Elea en el siglo VI a.c. Transcribo una de sus reconstrucciones: “*Aquiles, el héroe griego más rápido que la tradición recuerda, jamás podrá alcanzar a una tortuga, la más lenta de los animales, si ésta parte con ventaja, porque cuando Aquiles llegue al punto de donde la tortuga partió, ésta ya se habrá movido hacia otro punto recorriendo una distancia; y cuando Aquiles llegue a este segundo punto la tortuga, a su vez, se habrá movido a otro recorriendo por tanto otra distancia, y así ‘ad infinitum’*”.

Considero pertinente destacar algunas cuestiones de la paradoja:

- Que no hay motivo suficiente que justifique la participación de Aquiles en tal contienda que no sea su inscripción como el “*más rápido*”.

- Que la tortuga aparece como siendo *“la más lenta”* sin que por ello se plantee cuál sería su ganancia en el asunto.
- Que la diferencia entre Uno y Otro se introduce, precisamente, por ser *“una tortuga”* la enigmática contrincante.
- Que el querer de Aquiles se reduce al anhelo de *“alcanzar a la tortuga”* como condición necesaria y fundamental para ganar la carrera.
- Que el querer de la tortuga se desdobra entre ese *“no dejarse alcanzar”* y querer una *“ventaja”* como signo soporte de su diferencia.
- Que el problema radica en la frase *“jamás podrá alcanzar”* si lo que se constituye como fundamento del problema es, justamente, que la partida sea *“con ventaja”*.
- Que el *“ad infinitum”* del relato es la forma clásica de presentar la estructura de la imposibilidad.

Lacan realiza un comentario de esta paradoja en la primera clase del seminario 20. Se refiere a la imposibilidad radical de escribir la relación sexual por la diferencia entre un goce que denomina fálico y lo que le resta a él, esto es, un goce-Otro que ubicará como suplementario: *“...porque la mujer se define con una posición que señalé como el no-todo en lo que respecta al goce fálico. El goce fálico es el obstáculo por el cual el hombre no llega, diría yo, a gozar del cuerpo de la mujer, precisamente porque de lo que goza es del goce del órgano (...) Aquiles, está muy claro, sólo puede sobrepasar a la tortuga, no puede alcanzarla. Sólo la alcanza en la infinitud”*¹. De esta manera define una división fundamental entre un modo de satisfacción correspondiente al goce fálico o “goce del órgano”, y que, como tal, está siempre fuera del cuerpo, de otro modo de satisfacción que es no-todo en la economía libidinal fálica y que denomina goce femenino. El desencuentro entre Aquiles y la tortuga es una de las formas de decir sobre la imposibilidad misma de relación entre estos dos modos de satisfacción. El goce fálico, entonces, *“jamás podrá alcanzar”* al cuerpo del Otro a no ser sino en la infinitud, esto es, en lo imposible. El aforismo “no hay relación sexual” es el intento lacaniano por des-completar no sólo la lógica del todo fálico sino, también, la idea de una satisfacción complementaria en los

¹ LACAN, Jacques: *“El Seminario, Libro XX: Aún”*. Ed. Paidós. Buenos Aires. 1995. Clase I. Pág. 15

impases del encuentro. Supone que el agregado del goce del Otro en la satisfacción fálica del órgano de Uno traería, al menos, la no-complementariedad estructural de los sexos. Sin embargo, Lacan insiste en sostener que lejos de una dualidad pulsional, se trataría, por el contrario, de un solo goce articulado en el lenguaje, el fálico, y de aquello que por ser in-articulable por la palabra resta a él en tanto es goce del cuerpo del Otro. Al respecto dice: *“Si hubiese otro goce que el fálico, haría falta que no fuese ese (...) Si hubiese otro, pero no hay sino el goce fálico, a no ser por el que la mujer calla, tal vez porque no lo conoce, el que la hace no-toda”*². De esta forma, el goce del cuerpo del Otro mostraría la real-imposibilidad misma del decir siempre que, por efecto mismo del des-encuentro, se agujereen las consistencias especulares que imaginarizan la economía fálica que tiende a la totalidad. Lacan agrega: *“Hay un goce del cuerpo que está, si se me permite, más allá del falo (...) Hay un goce de ella, de esa ella que no existe y nada significa. Hay un goce suyo del cuál quizá nada sabe ella misma, a no ser que lo siente: eso si lo sabe. Lo sabe, desde luego, cuando ocurre. No les ocurre a todas”*³. ¿No será, entonces, este sentir-mudo-que-sabe-una-mujer aquello que estaría en juego en esa “ventaja” que la tortuga insiste en mantener?

Pensado así, la paradoja de Zenón presenta el des-encuentro entre el goce fálico de Aquiles, que en la encrucijada de su prestigio puesto en juego buscaría “*alcanzar a la tortuga*”, y el desdoblamiento que por su propia división padece el goce de ella, a saber: en un goce también fálico de “*no dejarse alcanzar*” y en un goce-Otro (de su cuerpo en tanto Otro) que excluido en esa “ventaja” se vuelve signo soporte de la diferencia. Considero que Lacan plantea estos modos de satisfacción del goce al diferenciar las tres flechas que escribe en las fórmulas de la sexuación:

- la primera, en tanto satisfacción del goce fálico, aquella posición del lado hombre que articula al sujeto con el *objeto* a constituyendo así la fórmula del *fantasma*. Es el goce fantasmático de Aquiles que, por ubicar su prestigio en el lugar de *objeto* a, busca

² LACAN, Jacques: “*El Seminario, Libro XX: Aún*”. Ed. Paidós. Buenos Aires. 1995. Clase V. Pág. 74-75

³ LACAN, Jacques: “*El Seminario, Libro XX: Aún*”. Ed. Paidós. Buenos Aires. 1995. Clase VI. Pág. 90

encontrarse imaginariamente con el cuerpo imposible del Otro al intentar “*alcanzar a la tortuga*”.

- la segunda, en tanto goce todavía fálico, aquella posición del lado femenino que articula a *La mujer barrada* con el falo constituyendo así una satisfacción en la *envidia fálica*. Es la *envidia* de la tortuga por los pies de Aquiles que, al “*no dejarse alcanzar*”, se sostiene justamente en la identificación histérica al falo que falta.

- finalmente la tercera, en tanto satisfacción de un goce suplementario, aquella posición también ubicada del lado femenino que articula a *La mujer barrada* con el significante de la falta en el Otro, S(A/), constituyendo de ese modo un goce-Otro sostenido en la *castración*. Es aquella satisfacción femenina de la tortuga que, precisamente por sostener la “*ventaja*”, intenta presentificar lo real del goce de su cuerpo en la aceptación de la propia *castración*.

Ahora bien, si el aforismo “no hay relación sexual” supone la imposibilidad de encuentro entre el goce (fálico) de Uno y el goce (no-todo) del cuerpo del Otro, ¿qué práctica humana lograría suplir lo imposible del encuentro? O, dicho de otra manera, ¿podrían Aquiles y una tortuga (barrada) alcanzarse de alguna forma? Pareciera que en este punto Lacan es categórico: “*Lo que suple la relación sexual es precisamente el amor*”⁴. También en el seminario 21 insiste en esta dirección: “*quiero decir que es no-toda que ella ama. Le queda un pedazo para ella de su goce corporal. Eso quiere decir el notodismo*”⁵. La suplencia del amor, en tanto es un decir que sostiene la “*ventaja*” de la castración, puede lograr, entonces, que la in-consistencia de Uno alcance a la in-existencia del Otro en la imaginarización de un encuentro contingente. Instante extraño y extrañable, instante donde el goce fálico puede agujerearse en sus ansias de totalización y la locura deseante de unos cuerpos apasionados por la finitud y por la pérdida, logre, ahora sí, habilitar el nudo deseante de la escena de amor.

Queda por decir, todavía, alguna cuestión sobre las posiciones del analizante y del analista en esa también imposible experiencia que es el des-encuentro transferencial. Es

⁴ LACAN, Jacques: “*El Seminario, Libro XX: Aún*”. Ed. Paidós. Buenos Aires. 1995. Clase IV. Pág. 59

⁵ LACAN, Jacques: “*Seminario XXI: Les non-dupes errent...*”. Versión inédita. Clase del 11-06-1974

lo suficientemente claro que el analista debiera evitar, ya sea por neutralidad-abstinencia o por ser función de corte, que su posición en la dirección de la cura no sean ni la del sujeto dividido ni la de *La mujer barrada*. Ambas posiciones, claramente analizantes, no son sino los efectos en el decir que se producen a partir de la satisfacción del goce en algún objeto. La posición del analista, por el contrario, debiera ser aquella operatoria que con su presencia real presentifique como causa deseante del decir subjetivo al semblante de *objeto a*. Sin embargo, y como es de esperar, tal posición de semblante no ocurre todo el tiempo en un análisis. El tiempo restante, esto es, aquel tiempo que le resta como diferencia a su propia operación, aún le aguarda al analista ubicarse como propiciador de un singular destino: el de ser la falta de significante que soporte la in-completud del Otro (significante del Otro barrado). Posición singular, por cierto, posición cuya extraña “*des-ventaja*” es la de poder mostrar no sólo lo inalcanzable del encuentro, sino, fundamentalmente, que la relación entre Uno y Otro *no cesa de no escribir* su más inherente imposibilidad.

Hay que imaginarlo a Aquiles desear, hay que todavía imaginarlo deseante y corriendo en aquella inaudita hazaña en exceso absurda y sin final. Pero, también, hay que imaginarla a ella no-cesar, es a la tortuga a quien, inquebrantable, hay que situarla en esa necesaria “*des-ventaja*” en la que distanciándose insatisfecha no se deja alcanzar, mientras en silencio añora, estremecida, que su apuesta por la falla de aquellos *pies ligeros* pueda suplir, aunque sea por un instante, el real-imposible “*des-encuentro*” entre Uno y Otro con la imaginarización de un decir que sea nudo deseante en la escena del amor.